

Granja, Josefina (2004). *Métodos, aparatos y máquinas para la enseñanza en México en el siglo XIX. Imaginarios y saberes populares*. México: Ediciones Pomares

UN NUEVO ABORDAJE DE LA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN*

JOSÉ ELÍAS GUZMÁN LÓPEZ

Antes que nada quiero confesar mi falta de experiencia en este tipo de eventos académicos. Son pocas las intervenciones que he tenido en este sentido, si acaso un par de veces en los últimos cinco años de mi carrera profesional. Sin embargo, debo decir que este último ejercicio ha sido el que ha dejado una mayor contribución a mi formación investigadora en proceso y a la percepción que tenía del enfoque de la investigación histórica.

A fin de poder contar con este escrito he tenido que enfrentar un proceso de replanteamiento disciplinario interno, donde el primer paso fue evitar leer el prólogo del libro en cuestión, con el objeto de no verme influido o prejuizado el contenido a partir de un filtro tratado magistralmente, con toda su experiencia, por la doctora María Esther Aguirre Lora; situación que, a la vez, agravó y fortaleció mi inexperiencia. Lo primero, por quedarme sin un referente inmediato que pudiera orientar mi análisis del trabajo de la doctora Granja y, en el segundo caso, porque tuve que recurrir a los antecedentes directos del trabajo: la investigación sobre la “formación y desarrollo conceptual en educación” (cabe señalar que sólo pude contar con un artículo publicado en 2001, en un libro coordinado por el doctor Eduardo Remedi). Sin este referente, cualquier análisis previo hubiera sido incompleto, si no es que completamente sesgado y fuera

José Elías Guzmán es investigador del Instituto de Investigaciones en Educación, de la Universidad de Guanajuato. Calle de la Bufa 22, Fraccionamiento Universitario, CP 36000, Guanajuato, Gto. CE: eliyah44@hotmail.com

* Texto leído en la presentación del libro, que tuvo lugar en el marco del seminario de Historia de la educación de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, febrero de 2005.

de contexto, pues con dicho artículo se pueden clarificar los fundamentos del trabajo que aquí se presenta.

El ejercicio fue constructivo, primero, por la propuesta de abordaje de lo socio-histórico, y específicamente de lo histórico de la educación, que nos propone la doctora Granja. Su propuesta de naturalización del proceso de investigación de lo socio-histórico para desterrar cualquier indicio de planteamientos sobre lo que no sucedió o lo que pudiera haber ocurrido en el terreno de otras posibilidades de desarrollo es, a su parecer, “la vía radical para inconformarse con los límites que hemos impuesto a nuestro conocimiento y para vislumbrar desarrollos que rebasen los esquemas a que lo hemos sometido” (Granja, 2001). Es decir, sin negar la importancia que tiene el andamiaje teórico en el proceso de inteligibilidad de los procesos de investigación histórica, la doctora Granja apuesta por un análisis de las fuentes desde su propia lógica comprensiva a fin revisarlas y clasificarlas a través de parámetros diferentes, más allá de “los marcos tradicionales”.

Así, la orientación de su trabajo está determinada por un enfoque de historia epistemológica con el que pretende, desde una mirada foucaultiana, reencontrar aquello a partir de lo cual han sido posibles conocimientos de la cultura educativa del siglo XIX mexicano, a través de un análisis conceptual. De tal modo, teniendo como soportes de su trabajo el campo epistemológico y el análisis conceptual, la autora presenta una configuración que posibilita una interpretación del conocimiento empírico, reconociendo el peso que lo epistémico tiene en la producción del conocimiento como un elemento también determinante, frente al contexto social y las relaciones de poder, en la reconstrucción de lo que puede ser pensado en una época determinada.

Josefina Granja va más allá de quedarse en una simple reflexión de una forma diferente de abordaje de la investigación histórica, al ponderar la pertinencia de incorporar los componentes epistemológicos en el marco de las interpretaciones sociales, políticas, económicas y culturales para una mejor comprensión del desarrollo de la educación así como de elaborar “lentes conceptuales” que posibiliten la formación de colecciones, la restauración de documentos y el ensayo de distinciones propias de nuevos enfoques para el estudio de lo socio-histórico. Intrínsecamente, hace un llamado a todos los que nos pretendemos historiadores y, específicamente, a quienes aspiramos a trabajar esta disciplina desde el campo de lo educativo.

Al afirmar la necesidad de “fisurar los límites para dar cabida, poco a poco, a conocimientos tenidos como improbables en los marcos tradicionales [...] y de poner en marcha observaciones de segundo orden para identificar las distinciones que han servido como directrices al conocimiento legítimo y proponer nuevas distinciones que permitan reintroducir los ‘hallazgos’ en el horizonte de lo inteligible, creando las teorías que permitan su interpretación”, la autora pone el dedo en la llaga en cuanto a la necesidad de revisar los enfoques y las formas de abordaje de nuestros objetos de estudio y sus correspondientes fuentes. Al hacer explícitos sus procedimientos e implicaciones teóricas, ¿está evidenciando que nuestras formas tradicionales de abordaje de la investigación histórica y sus posibilidades de solucionar los problemas ya no son suficientes para solucionar problemas que sobrepasan las fronteras disciplinarias existentes? o bien, ¿que existen varios espacios, inter y multidisciplinarios, que podemos aprovechar para enriquecer nuestros quehaceres profesionales? De cualquier forma, la autora nos abre campos de estudio y formas de abordaje novedosas para los profesionales interesados en la historia de la educación.

Sin duda, los materiales localizados son los que empujan a la autora a abordar su trabajo desde una óptica diferente y que, por su propia naturaleza, no encajan en las categorías preestablecidas en el análisis de la historia de la educación y a los que hay que mirar con otros ojos para poder extraer su utilidad para la comprensión de la vida material y cultural del siglo XIX.

Mi primer acercamiento, a través del título del trabajo, me llevó a la curiosidad del conocimiento de su contenido, aun antes de que me pidieran hacer la presentación en este seminario. Pero debo reconocer que mi curiosidad estaba prejuiciada por el enfoque a través del cual concibo el trabajo del historiador, y al pensar en métodos, aparatos y máquinas para la enseñanza, los concebía desde la óptica del presente, pensando en encontrar el tratamiento descriptivo y detallado del uso de los métodos empleados en las escuelas de primera enseñanza, o de aparatos más sofisticados para tal o cual ramo de la educación desde la enseñanza de primeras letras hasta profesional.

Por otro lado, mi percepción de la investigación histórica no me permitía vislumbrar cómo el abordaje de estos materiales pudiera ser útil para comprender el pasado de nuestra educación. Fue hasta que me interné de

manera más profunda en el contenido, que pude comprender su gran aporte a nuestro trabajo; además, me hizo recordar a Foucault (1988), en la lectura que hace unos meses hicimos, “Lo imposible no es la vecindad de las cosas, es el sitio mismo en el que podrían ser vecinas”.

Esta “posibilidad de lo imposible” se da en el trabajo de la doctora Granja. La historia cultural es un espacio de vecindad entre dos disciplinas –historia y sociología– coincidentes por su objetivo de hacer inteligibles espacios de investigación y análisis de los procesos histórico-sociales o socio-históricos. No es fácil definir y estudiar la cultura, como bien lo apunta Burke (2000), pero cada vez son más los trabajos de historiadores, economistas, historiadores políticos que incluyen enfoques culturales que enriquecen nuestra perspectiva disciplinaria, a pesar de que “la historia cultural no está firmemente asentada, al menos en el ámbito institucional” (2000:231). En su libro, Josefina Granja nos presenta una de sus posibilidades de realización.

En la estructuración de su trabajo, la autora nos permite reflexionar sobre los objetivos que se trazó para realizarlo, al describir la clasificación de los materiales localizados desde su propia lógica y naturaleza –desde la cual pudiera no ser el elemento cronológico el determinante, que además sería el ordenamiento más fácil de seguir, como bien lo apunta la autora– nos permite verificar su enfoque de naturalizar el proceso de investigación antes descrito; asimismo, contamos con el logro de su propósito de darnos a conocer de manera extensa los textos, contextualizándolos y caracterizándolos a través de un preámbulo en cada capítulo de la segunda parte del libro; además de la inclusión de imágenes de algunos de los textos seleccionados, lo que nos permite una mayor claridad y entendimiento de los objetivos y propósitos que se perseguían.

Lo anterior, además, nos abre espacios de reflexión en cuanto a la localización de fuentes y la exploración de acervos documentales no pensados para *historiar* el desarrollo de nuestro pasado educativo –por lo menos en lo personal no se me hubiera ocurrido escudriñar en la serie de “Patentes y marcas” del Archivo General de la Nación– en un intento de construir un trabajo de investigación sobre la historia de la educación en nuestro país. Esto nos sugiere el no ser conformistas y quedarnos con los fondos y fuentes tradicionales para el análisis de nuestros temas.

Con todo ello, el trabajo nos proporciona un elemento más para redondear la importancia de su consulta: es un excelente ejemplo de cómo

debe hacerse el trabajo heurístico en la investigación social, entendiendo por heurística la concepción que de ella tiene Droysen, para el trabajo del historiador, es decir, aquella parte creativa previa a la investigación pero, a la vez, parte de ella, como parte imaginativa flexible que requiere de una recreación del objeto de estudio antes de emprender el proceso de rigidez metodológica.

En conclusión, el de Josefina Granja es un trabajo con un enfoque socio-histórico innovador, se trata de una propuesta con vistas a esclarecer y proponer nuevos temas para el desarrollo del campo de la historia de la educación, temas que, además, contribuyan a complementar y aclarar muchos de los aspectos que no están lo suficientemente trabajados como para darnos una idea completa de la historia social y cultural de la educación, sobre todo en un periodo tan despreciado como lo es el siglo XIX en México. Es un texto que sugiere el tratamiento de nuevas fuentes que pueden ser inteligibles a través de entramados teóricos emergentes.

Una última reflexión que me deja este libro es el enorme vacío que, querámoslo o no, existe en la producción sobre la historia de la educación en nuestras respectivas localidades. Todavía no hemos podido ni siquiera elaborar una descripción de los procesos históricos de carácter general, desde los enfoques y métodos tradicionales, que nos permitan distinguir los procesos de desarrollo educativo al interior de nuestros espacios geográficos, aunque fuera desde el ámbito de la política educativa o bien desde el discurso oficial, mucho menos hemos de pretender una explicación causal de nuestros fenómenos educativos. Por ello, el trabajo en cuestión, además de dejarnos esa insatisfacción de nuestra improductividad, nos abre espacios para intentar el comienzo de todo lo que queda por construirse desde nuestros lugares de origen.

Referencias

- Burke, P. (2000). *Formas de hacer historia cultural*, Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (1988), "Prefacio", en *Las palabras y las cosas*, 26ª ed., México: Siglo XXI.
- Granja, J. (2001). "Formación y desarrollo conceptual en educación", en E. Remedi (coord.) *Encuentros de investigación educativa 1995-1998*, México: DIE-CINVESTAV/Plaza y Valdés, pp. 213-242.